

— No tengo ninguna, contestó un poco avergonzado. Esto me perjudica mucho para mi libro. Se niega la marquesa á dar fotografías de él hasta á mí mismo. Ya le he dicho que era un poco celosa de sus cuadros...

— ¡Ya! y permite que se venda en las tiendas reproducciones de todos los demás en tarjetas postales, interrumpió el señor Boudrón. ¿No le parece esto sospechoso, querido maestro?

— Es que no tiene otro que tenga esta importancia, dijo vivamente Cristina. Antes nadie pensaba en visitar su galería. No había más que cuadros de segundo orden. Ahora, si no cerrara sus puertas, Europa y América pasarían por ella. ¡Calcúlese, un tal descubrimiento!...

— Es posible, contestó el padre, pero no se conduciría de otro modo si dudara de la autenticidad de su cuadro...

— ¡Ah! exclamó Jorge Courmannel con una sonrisa triunfante. ¡Bien quisiera yo que dudara de ello! Podríamos obtener esta obra maestra por una copla...

— Mientras que quiere por él cincuenta mil francos, dijo el modisto coleccionista. Por mi Juan Bellin no he pagado más que diez mil.

— No se sabía que era un Juan Bellin, replicó el joven... Pero con tanta verdad que es un Juan Bellin, este retrato del palacio Ariosti es de Cristóforo Saronno, ya se lo he dicho á usted. Dentro de diez años valdrá cien mil francos. ¡Ande usted! El señor Ralph Kennedy no daría vueltas alrededor del cuadro si yo me equivocase... Es un millonario americano que saquea á Italia este año. Es justa la palabra. ¡No se puede calcular lo que se ha llevado ya!

— ¿Pero quién nos ha hablado de las intenciones de Kennedy? La señora Ariosti. Nosotros sólo sabemos que está en Milán. También desconfío yo de esto... Pero, querido maestro, usted verá el cuadro. Que sea una cosa buena, no digo que no. La tiara del Louvre también era una cosa buena.

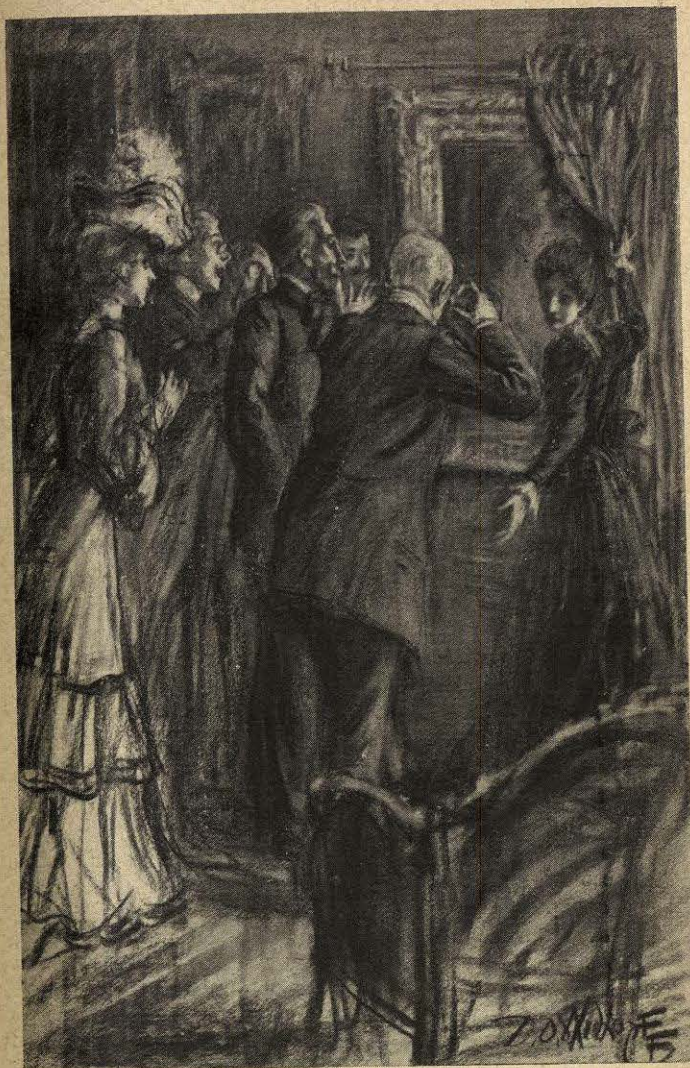
— Yo la había declarado falsa desde el primer día, interrumpió Courmannel, y sin embargo no era mi especialidad.

VI

DE que se daba cuenta el joven de la aversión solapada del padre de su novia, recibí de ello la confianza de su propia boca dos días después, en el momento al cual llego, y mientras nos dirigíamos ambos al palacio Ariosti. La marquesa había hecho esperar su contestación veinticuatro horas. Había pasado yo estos dos días exaltando y martirizando alternativamente mi corazón en las delicias y melancolías de las villas *revisitadas*. ¡Señora, usted no tendrá siempre veintiseis años ni semejante elasticidad interior! ¡Á esa edad se está tan nuevo para las cosas y éstas también son tan nuevas para el alma!... Desde el momento en que place acordarse, es señal de que se envejece. Entonces soy viejo, bien viejo. Exceptuando lo que se refiere á usted, no tengo ya más que emociones retrospectivas. Había, pues, errado por los museos é iglesias de Milán buscando en ellos y encontrando muchas nobles obras de las cuales ya le he citado los autores, y buscando y hallando mi propio fantasma, otro yo mismo, un Monfrey bien diferente del desengañado de hoy, no por la sensibilidad, sino por la esperanza y esta fiebre de espera, este estremecimiento embriagado de la marcha para la vida. — En cambio nada había cambiado en los cuadros de antaño. ¡Qué enseñanza para un artista! ¡Qué consejo el de apoyar su ser en el arte, simplemente en esta tarea que, acertada ó no, escapa á lo menos á la acción mortífera del tiempo! La sensación nos engaña. El sentimiento también. Los que amamos envejecen ó cambian. La belleza, una vez fijada en un lienzo, en una pared, sobrevive en su imperecedera juventud á los ojos de aquellos que la contemplaron, á la mano que

la ha copiado, al corazón que la ha idolatrado. Es verdad; pero la belleza pintada ó esculpida si no perece, tampoco ama. Si las bocas de las mujeres que en los cuadros sonríen no se marchitan, no mienten, tampoco pronuncian jamás esas palabras que ante nuestra alma extasiada, abren las perspectivas infinitas de la felicidad. Todas estas ideas y otras también que no le diré — ¿para qué? — removidas en mí por estas excursiones á través de la ciudad que amé en mi primera juventud, me habían enternecido profundamente y me constituía en un oyente á propósito, para un enamorado como este ingenio Jorge Courmansel en pleno vuelo de su destino. ¿No estaba en la aurora de este sueño realizado : un matrimonio de amor? Lo escuchaba, pues, cuando me decía con acento trémulo, tan verdadero :

— ¡ Ah ! querido maestro, no puede usted imaginarse el favor que me hizo usted anteaer... Debo confesarle que el señor Boudron no siempre es justo conmigo. ¡ Es natural ! Amó apasionadamente á su mujer, y hay momentos en que la felicidad de Cristina y la mía le irrita sin sospecharlo él mismo. Es que le hacemos demasiado presente un pasado que le ha sido queridísimo. De modo que todo le sirve de pretexto para zaherirme; ya lo ha visto usted, desde mi olvido en vestirme la otra noche, hasta el hecho de haberse negado la marquesa Ariosti á darme las fotografías... Pero en el fondo me quiere y le place mucho cuando se me demuestra benevolencia. Lo que usted le ha dicho de mi descubrimiento, á propósito del pretendido Leonardo, le llegó al alma. Habló de ello á Cristina. Decididamente, le dijo, nuestro Jorge es alguien. Y añadió : « Lo veremos en la Academia »... ¡ Ah ! si yo pudiera entrar en élla, muchas prevenciones que tiene ahora desaparecerían. ¡ Sólo con que pudiera alcanzar el premio Bordin que la Academia de Bellas Artes dedica á la mejor obra sobre estética é historia de la pintura !... Porque, en fin, cuando aparezca mi *Cristóforo* será sin duda un hermoso documento de la historia de la pintura. Haga usted por decirle cuanto le gusta el cuadro que vamos á ver. Porque le gustará. De antemano me regocijo de la sorpresa que va á llevar y si, por impo-



— ¡ He lo aquí !... (pag. 53.)

sible, no le gustase, no insistiera usted en ello. Pero no, estoy seguro de que le agradará...

Pronunciaba esta semi-imposición delante de la casa Ariosti, inmenso edificio cuyo primer piso — el *piano nobile* — ocupaba la marquesa. Había yo visto dos días antes en casa del conde Varegnana el tipo de la gran existencia italiana histórica, que esta es la verdadera palabra. La morada de la señora Ariosti me representaba la vida italiana moderna, que aprecio poco porque es demasiado imitada y falsa. Un mayordomo nos recibió vestido á la moda inglesa, con frac negro y pantalón gris. El salón en donde entramos estaba amueblado á la francesa con las maderas claras y sobrias de nuestro siglo XVIII, no en su lugar aquí cuando es tan fácil hallar en la inmediata Venecia esos adorables mobiliarios, de un *rococo* un poco extraño, pero exquisito por la fantasía original y local. La marquesa en persona estaba allí, teniendo á su alcance, sobre la mesa, la última novela francesa y vestida de un medio luto supraelegante que olía á la calle de la Paix. La vista ejercitada del señor Boudron, ciertamente no hubiera encontrado en aquel traje una falta de ortografía. Tenía ante mis ojos á una parisiense ó que quería serlo. La perfecta corrección de su traje *up to date* — como dicen cómicamente los *yankees*: *á altura de fecha* — no se oponía á que el carácter de su semblante, más bien feo por cierto y excesivamente ajado para sus treinta y cinco años de edad, no quedara profundamente individual y completamente propio de su tierra. La señora Ariosti tenía esa seriedad en la mirada, esa reflexión en la boca, esa fuerza de fisonomía que se halla con tanta frecuencia por este lado de los Alpes y tan raramente por el otro. Dos personajes la acompañaban. Uno era un alto y recio joven que no ofrecía menor contraste entre su atavío y su cara que el que presentaba la señora de la casa; su tez de una palidez mate, sus cabellos muy negros, sus pupilas sombrías y llenas de fuego denunciaban al meridional, y no tenía nada puesto que no viniera de Londres, desde sus zapatos de charol hasta el cigarrillo con punta de corcho que seguía fumando, después de saludarnos, con una flema realmente británica. ¡ Pero qué ojos! La fineza

aguda y casi salvaje de un compatriota de Maquiavelo estaba en aquella mirada que trataba de sondearme hasta la médula. El otro visitante podía tener cuarenta y cinco años, ó cincuenta ó sesenta. ¿Cómo descifrar la edad en la cara afeitada y parda de un americano, en una fisonomía en la cual todo es hueso y nervio? Sólo la nacionalidad del personaje no permitía un minuto de duda. La impasibilidad de éste no era adquirida. Su anglofobia — él tampoco llevaba nada que no viniese de *Regent Street* ó de *Piccadilly* — estaba de acuerdo con su tipo. Sus ojos, de un azul claro y frío, no desmentían la impasibilidad con que nos saludó cuando la marquesa Ariosti nos hubo presentado uno á otro:

— El príncipe de San Cataldo... El señor Ralf Kennedy...

En cuanto oí este nombre me vino á la memoria la frase del desconfiado señor Boudron. El encuentro entre el coleccionista de Ultramar y el futuro yerno del aficionado parisiense estaba por demás premeditado, y no menos la presencia del príncipe napolitano. He sabido después que era el amigo fiel de la marquesa. Los dos cómplices en la venta del cuadro en litigio se repartían la vigilancia sobre los dos compradores posibles. La señora Ariosti empezó, dirigiéndose á mí, una larga historia:

— Su visita es un gran honor para mí, querido maestro (¡ también ella!)... El señor Courmannel me ha escrito que desaba usted ver el cuadro que él atribuye al *Amico d'Andrea da Solaro*... No es una gran cosa, pero le tengo gran afecto. Me ha sido legado por el mejor amigo de mi pobre marido. El difunto marqués Ariosti y el conde Pappalardo se querían como hermanos... Ese cuadro me los recuerda á ambos... Me es muy querido... muy querido...

El semblante de la viuda desconsolada expresaba esa melancolía sin remedio de la cual un viejo proverbio, de no sé ya qué provincia francesa, se burla tan alegremente: « Cabellos de viuda cortados, segundas nupcias en el año. » La señora Ariosti debió estar, en los funerales de su difunto esposo, admirable por lo trágica. Sin duda un gran mechón de sus hermosos cabellos negros, reposaba

en efecto en el ataúd, enrollado entre las manos del marqués. Sin embargo, el proverbio mintió merced á la precaución que el sagaz hidalgo había tomado. Luego lo supe. Había legado su fortuna á la marquesa bajo condición. Una nueva boda le hubiera costado cien mil francos de renta que hubieran ido á parar á manos de un sobrino. Que esto sirva de excusa para la severidad de usted, señora, y de su crítica hacia la *combinazione* que instalaba en casa de la viuda á un consolador clandestino. Durante esta corta oración fúnebre, el napolitano había tenido por cierto una actitud incomparable. Las bocanadas de su cigarrillo subieron hacia el techo con compunción, y la silenciosa repugnancia del *gentleman*, herido en su más íntima delicadeza, contrajo su expresiva cara cuando el libre ciudadano de los Estados Unidos contestó en francés, con un acento que hacía aún más cómica su observación :

— ¡Well! Eso, señora, será el valor del cuadro para usted que vende, pero no su precio para mí que compro.

Comprendí con esta respuesta que, á despecho de sus elegancias de indumentaria y de sus adquisiciones artísticas, el señor Ralf Kennedy pertenecía á la más grosera variedad de los millonarios de su país. No hay término medio en esta extraña pandilla de los magnates del dólar. Se refinan ó se embrutecen hasta el exceso. La marquesa Ariosti no parecía haber oído esta frase, que sin duda continuaba una conversación comenzada antes de nuestra llegada. Volvió á decir dirigiéndose á mí :

— Á usted le extrañará, querido maestro, lo que el señor Courmansel le habrá dicho sin duda, y es que teniendo tanto apego á este cuadro haya podido acoger la idea de separarme de él. Le habrá dicho también que el difunto marqués había creado un instituto técnico de encajes para restaurar una industria de arte que fué una de las glorias de nuestra ciudad. ¿Usted conoce el punto de Milán?... El porvenir de esta fundación era su constante pensamiento durante su última enfermedad. Le ha atribuido por testamento las rentas de una de nuestras posesiones... Este año ha sido muy lluvioso. Una inun-

dación ha hecho estragos que han comprometido la cosecha... En este momento fué cuando el señor Courmansel descubrió el valor del cuadro, que bien sabíamos que era de un autor célebre, pero ignorábamos cuál. Al mismo tiempo me ha presentado á una persona que me ha hecho una oferta. He creído ver en ello una coincidencia que no era únicamente natural... Usted va á reír, pero nosotros los italianos — ¿qué quiere usted? — seguimos siendo muy creyentes... ¡Ah! será un sentimiento para mí separarme de este cuadro, si me llevo á separar... Pero entre todos los homenajes que se pueden rendir á un muerto, ¿no hay que preferir el que se dirige á su obra, á lo mejor de su pensamiento y de su alma?...

— Yo no me había permitido, señora, dijo Courmansel, repetir al señor Monfrey estos motivos que honran tanto su delicadeza.

El tonto científico contribuía de buena fe, á lo que supe después que era una descarada comedia. Una voz repitió como en forma de eco :

— Tanto honor...

Era la del fumador de cigarrillos, del sutil San Cataldo, que juzgó sin duda — ¿por qué señales? me lo preguntó yo — que yo no estaba bastante emocionado por el homenaje rendido á los manes del esposo, pues interrumpió á esta moderna matrona de Efeso, añadiendo :

— Pero, marquesa, el tiempo del señor Monfrey es precioso. Si usted lo permite, le llevaré á que vea la pintura...

— No, Berto, contestó la señora Ariosti, yo misma iré.

Se levantó y la seguimos á otro salón más pequeño, en cuyas paredes estaban colgados varios cuadros entre los cuales había uno velado por cortina de seda negra. La marquesa llegó hacia él con paso casi religioso. Con su linda mano blanca, tiró suavemente de la cortina y dijo en tono solemne :

— Helo aquí.

LE anuncié, señora, una historia destinada á hacerla reír y hasta aquí se habrá usted preguntado : ¿qué es lo que hay de cómico en ello? ¿El desbautizar un cuadro dudoso — el del conde Varegnana, — ó los sentimentalismos, por casualidad bien empleados, de un joven pedante, las tiernas delicadezas de una novia ó la brutalidad de un comerciante enriquecido, las rudezas de un americano del mismo tipo, ó las hipocresías de una viuda?... ¿Pero qué va usted á decir de este espectáculo : dicha viuda, bosquejando un gesto solemne, el *patito* encendiendo nuevo cigarrillo para observarnos mejor al través de una careta de humo, el señor Ralf Kennedy asegurando en su nariz cuadrada gafas á lo Chardin — como conviene á un aficionado artista, — Jorge Courmanson, abriendo los ojos, las narices, la boca, en la propia actitud de un San Francisco pintado al fresco en el momento de recibir los estigmas, y yo, en este grupo, mirando al cuadro y violentándome para no gritar á causa de una extrañeza de la cual todavía no estoy completamente repuesto? En este retrato de mujer atribuido por el discípulo de Morelli al *Amico* misterioso de Andrea Solario, á ese Cristóforo ignorado hasta entonces é ilustre ahora, acababa de conocer — ó me pareció conocer — una pintura ejecutada hace veinticinco años ¿y por quién?... ¡Pues por su servidor mismo, señora, por León Monfrey en persona, cuando, simple estudiante de pintor, después de perder el premio de Roma — ya se lo ha contado él — estaba de temporada, sin lujo, pero libremente, á costa suya, en la ciudad de los Césares, de los Papas y de Rafael !... ¿Era posible? ¿No era uno de estos parecidos que se asemejan á la alucinación?... Este retrato, inmóvil en su

cuadro antiguo, mostraba bien esos tonos dorados de carne, esos matices apagados de los tejidos que sólo puede dar la pátina de la edad. Se hallaba como usado, con las resquebrajaduras de una porcelana antigua; se comprendía que no había que tocar á aquel frágil objeto para no echar á perder aquel resto arrancado á la destrucción de los tiempos. Este cuadro estaba lleno de agujerillos que revelaban el encarnizamiento secular de los gusanos en devorar la plancha de madera, como otros gusanos habían devorado sin duda la encina ó el pino del ataúd en el cual habían colocado á la muerta representada por aquella imagen. Las letras de la firma se habían deshecho en parte... Sí, todos estos detalles, maravillosamente maquinados me afirmaban que yo me equivocaba... Y sin embargo, no, no estaba equivocado. Era bien el retrato de la pequeña Ginebra Ferrari, la pobre muchacha que me servía de modelo hace un cuarto de siglo. Aquel tablero, menos carcomido entonces, pero ya de una madera muy venerable, era aquel que el anticuario de la villa Condotti me había traído una mañana. Necesitaba entonces cuatrocientos francos. Mis colegas me habían dicho que este personaje, que se llamaba Ignacio Sanfré, procuraba fácilmente dinero á los artistas pobres. El tío Sanfré me había cogido con estas palabras : « Joven, tiene usted talento, lo sé. ¿Quiere usted hacerme un buen cuadro del siglo xv? Tendrá usted sus cuatrocientos francos ». — ¿Por qué no? contesté yo. Reconozco, señora, que hubiera sido más escrupuloso el rehusar. Porque después de todo — y de ello tenía la prueba delante de mí — un anticuario no manda hacer un cuadro falso para guardarlo en su tienda. Se propone venderlo. En esta época yo no razonaba tanto. Toda mi moral residía en mi arte. Pensé : va á ser muy divertido el ejecutar una bonita imitación. Y acordándome de la cabeza del palacio Varegnana, procuré fabricar la imitación dentro de la manera de Leonardo y de sus discípulos. Para hacer una chuscada, ya terminada mi tarea, firmé en letras mayúsculas del siguiente modo :

P. X. T. F. RIUS. M. PARIENSIS
Pinxit Falsarius M... Parisiensis.

Esta inscripción latina significaba *Monfrey, parisiense y falsificador, ha pintado este retrato*. El tío Sanfré no dijo palabra ante esta firma: « ¡Je! ¡je! dijo simplemente. Ha hallado usted un oficio, joven. En cuanto arregle á esta buena mujer á mi manera, usted mismo no la conocerá... » Había cumplido su palabra. Verdad era que yo no me atrevía á conocer en esta obra maestra de falsificación mi « hermosa » imitación de antaño. Ya no era una imitación, sino una magistral pieza, propia para engañar la mirada más ejercitada, pero no la mía. Me había divertido en copiar á la lente un lunar que Ginebra tenía junto á la boca. El lunar estaba. En el ribete de oro y plata que orlaba el tejido del corpiño había yo dibujado un enrejado que formaba un monograma. Coloqué su nombre: *Ginebra Ferrari*. Pude leer casi todas sus letras. Quedaba de la firma, que la diestra mano de Ignacio había particularmente arreglado, una X. R. la sílaba US, la M. la I. y la terminación ENSIS. Era lo preciso para acabar de quitarme toda clase de dudas si me hubiera quedado alguna. Estos restos encajaban con una exactitud absoluta en mi primitiva inscripción. ¡Entonces!... Mi extrañeza al tropezar con este rasgo de las locuras de mi juventud — eran para Ginebra los cuatrocientos francos, ya lo habrá adivinado usted, — mi vacilación en creer el testimonio de mis propios ojos, la minuciosidad de mi examen, me habían, por un instante, hecho olvidar el sitio donde me hallaba y en qué compañía. Gracias que la intensidad de mi atención se había opuesto á la instintiva exclamación que hubiera debido provocar este fabuloso reconocimiento. Había caído yo en un verdadero hipnotismo. La voz de Jorge Courmansel me despertó. Atribuían mi actitud á la de una admiración muda, acaso por su propia intensidad:

— ¡Ah! decía, bien sabía yo, querido maestro, que iba usted á quedar extasiado ante esta maravilla, y no hay duda acerca del autor. Ve usted... X. R. U. S. eso es XOFORUS, y lo demás M. con la terminación ES: MEDIOLANENSIS. Se puede distinguir debajo la fecha: 1507. — En efecto, reparé en unas cifras árabes que regularmente había añadido Sanfré. — ¿Y sabe usted lo que prueba la firma? Que el retrato ha sido

pintado en Francia muy probablemente. El *Amico* de Andrea Solario ha hecho como este mismo que firmaba *Milanés* cuando estaba lejos de Italia y *da Solario* cuando volvía... Y luego tengo otra prueba. He descifrado el monograma. Es *Genovefa* lo que estaba escrito ahí, es decir, Genoveva. Usted no ignora la devoción que se tenía por esta Santa en París y en la colina que lleva su nombre. No hay más que buscar entre las mujeres que rodeaban á Carlos de Amboise si había una que se llamaba Genoveva... ¡Precisamente había una!... Tengo un texto de Brantome. ¿Y qué es lo que se opone á suponer que este retrato haya sido traído á Italia simplemente por un señor de la corte de Francia del cual era Genoveva la dama? Guerreado aquí no ha querido separarse de este recuerdo... Que esta mujer haya sido una francesa, en todo caso no hay duda... ¿Es su opinión, querido Maestro?...

— Era la opinión de Pappalardo que llamaba siempre á este retrato su parisiense, *la mia Parigina*. ¿Se acuerda usted, Berto? dijo entonces la marquesa.

— Me parece que le estoy viendo..., contestó el cómplice interpelado y añadió ¡*Caro conte!* tan naturalmente suspirado, tan impregnado de cariñosa compunción, que aun hoy no estoy seguro de que mentía. ¡Y sin embargo!... En cuanto al ciudadano de la libre América, había sacado del bolsillo una poderosa lente, y mientras Courmansel seguía hablando, averiguaba el detalle de la firma y del monograma, con la cabeza inclinada hacia el cuadro de tal modo que nos impedía la vista sin excusarse de ello. Á todo esto las palabras del « eminente crítico de arte » habían empezado á darme una terrible gana de reír, que el descarado embuste de la señora Ariosti y la bobería concienzuda del *dilettante* de Denver (Colorado) — era su patria, — por poco llevan hasta el espasmo. Pero en el momento en que iba á principiar esta convulsiva é irresistible risa loca que se apoderaba de mí, la escena de familia á la que había asistido dos días antes, se me presentó de repente en el espíritu... La dulce Cristina Boudrón y su terrible padre estaban allí. Los veía en el momento de enterarse de la verdad... No reflexioné. No me pregunté si obraba bien ó mal. Tan distintamente como

estaba viendo la cara afeitada de Kennedy pasearse sobre el perfil de la pobre modelo romana, de la humilde Ginebra Ferrari, transformada en una bella pecadora de la corte de los Valois, vi esta escena: el señor Boudrón enterándose de la colosal plancha de su futuro yerno, éste obligado á confesar su deshonor profesional á los críticos de arte de ambos mundos, y la pena de la muchacha, su humillación, la ruptura del casamiento. ¿Cómo el costurero coleccionista iba á perder tal ocasión de terminar una aventura que ya le desagradaba tanto cuando aceptaba como un dogma la competencia técnica de Courmansel? Y contesté á este último — este torbellino de mis pensamientos no había ciertamente durado dos minutos:

— En efecto, es un buen retrato y una fisonomía bien francesa... En cuanto estas palabras hubieron salido de mis labios, una vocecita interior me dijo:

— ¡Desgraciado! ¿Qué vas á hacer ahora para salir decentemente de este compromiso?

VIII

— ¿Recuerda usted señora un *the bridge* en su casa este invierno? No jugamos ni usted ni yo y uno de sus primos nos dió una pequeña conferencia, ese que se las da de intelectual, ese amable Adalberto de Rumesnil, á quien maliciosamente ha dado usted el apodo de *Lataskin* por haber hecho un comentario demasiado largo acerca de Ruskin un día. Aquella tarde tuvo la dicha de distraerla exponiendo la teoría del profesor Grasset de Montpellier sobre la descomposición del *yo*. Tenemos, dice este médico, un *yo* razonable y razonante. Lo coloca en la parte superior de nuestro cerebro en un punto que llama O. Luego, en derredor, colocado en los pliegues diversos de nuestros lóbulos, pululan una serie de pequeños seres impulsivos, inconscientes, cuyas moradas figura el sabio distintas y sin embargo reunidas por los puntos de intersección de los lados del polígono. Es el pequeño pueblo de los arrabales de nuestra alma, cuyo conjunto constituye lo que él llama el *yo* poligonal. Estoy oyendo su risa alegre cuando Rumesnil le hubo citado la frase de su autor: « Cuando Arquímedes salió desnudo del baño y gritó *eureka* con su O y corrió por las calles con su polígono. » La oigo todavía cuando contestó: « ¡Qué cómodo es esto! Una mujer que engaña á su marido no tiene más que decirle: Yo te soy fiel con mi O, ¿qué te importa que te engañe con mi polígono?... Aun á riesgo de sufrir, cuando la vuelva á ver, epigramas poco indulgentes, no hallo otras fórmulas que las del célebre neurólogo para explicar lo que ha pasado por mi espíritu durante y después de esta escena del retrato. Era el *yo poligonal* el que había contestado á Courmansel; el *yo poligonal* que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

maquinalmente después se había despedido de la señora Ariosti; el *yo poligonal* el que había escuchado á dicho Courmannel mientras me cantaba las glorias del *Amico di Solario* y de su obra maestra. Era el *yo superior*, el centro O, el que de repente había lanzado á su inmoral acólito estas cuatro sílabas: « ¡Desgraciado! » Y cuando me separé del novio de Cristina, empezó un diálogo entre estos dos *yo*. Tomé en la puerta de nuestro hotel un coche para que me llevara á la deliciosa Cartuja de Chiaravalle que eleva á dos leguas de Milán su delicado campanario octógono de columnitas y su fachada de ladrillos. La ligera victoria rodaba en este llano ancho y fecundo por donde Leonardo paseaba con sus jóvenes discípulos, y al encontrar mercaderes de pajaritos compraba la jaula entera, para abrirla y devolver la libertad á los pobres animales. ¡Tierno y sublime respeto de la vida, tan conmovedor en tal artista! No pensaba yo mucho en los pájaros del Vinci yendo de esta suerte á lo largo de los canales y bajo los sauces al través de ese campo, de una verdura tan vigorosa ya. Estaba dominado por una risa loca — y esta vez me entregaba libremente á ella — y á los recientes escrúpulos de mi conciencia:

— ¡Qué lección para aquellos á quienes mi amigo Varenana llama iconoclastas, cuando se enteren de esta sorprendente historia!... No le falta nada: un pintor inventado de pies á cabeza, con su biografía, sus obras, su firma, y este glorioso descubrimiento, obra maestra del método científico, está fundado ¿sobre qué? Sobre un mamarracho pintado al galope por un pobre diablo pintamonas falto de dinero. Un anticuario para darle la pátina á la cosa y ya está todo... ¡Ay! verdaderamente la vida es á veces demasiado rara...

Y el pilluelo que late en todo artista, á pesar de los cuadros en el Luxemburgo, la condecoración de comendador, la candidatura en la Academia y los cabellos canos, me hacía estallar de risa de modo tan ruidoso que en varias ocasiones el cochero volvió la cabeza. Este señorito grave y condecorado que reía á carcajadas caminando solo hacia un pobre convento, ¿no sería por casualidad un loco escapado de un manicomio? Luego la voz severa volvió á hablar sin tener gana ya de considerar cómica una



...llamaba á la puerta...
(pág. 64.)

historia que bien podía volverse una estafa declarada: — ... ¿Cincuenta mil francos? ¿Esta marquesa Ariosti pide cincuenta mil francos por el cuadro? ¿Y lo cree verdadero ella misma? Ella, lo mismo que el joven príncipe de San Cataldo tienen tal cara de estafadores... No, no es posible que lo crea falso, sólo que ve un buen golpe en perspectiva, gracias al sutil reclamo que este necio crítico hace al cuadro... Pero yo que sé que éste no vale nada, ¿voy á dejar al Boudrón ó al Kennedy pagar cincuenta mil francos, por la asnería de este pobre Courmannel ó del difunto conde Pappalardo? No, no, y no. No tengo derecho á ello... Debí allí mismo, en el lugar, en cuanto conocí el cuadro, denunciar el error... ¡Pero esta casualidad era tan extraordinaria! ¡Que después de veinticinco años encuentre yo la falsificación fabricada por el tío Sanfré y que esta imitación sea precisamente esta supuesta maravilla

encontrada por este Courmannel y que ha servido para descubrir al autor del retrato Varenana!... El golpe ha sido demasiado violento... Además, este inocente novio que ve en este hallazgo el principio de su felicidad estaba balando de alegría. No he podido degollar á ese carnero, sobre todo delante de extranjeros...

¿Por qué no le hablé yo á él mismo á la salida?... Es un hombre honrado, se hubiera confesado con su suegro. Hubiera dicho : « Me equivoqué... » No, ya era tarde. Ha publicado su descubrimiento en todas las revistas de arte de Europa y de América. Sería menester que declarase su error públicamente y eso sería su fin... ¡Ah! bueno, ¿y qué? Mi honor ante todo. Que se arregle como pueda con el modisto y con los críticos sus colegas. No se podrá decir que habré yo permitido que se realice ante mí un trato de esta clase. Ni el señor Boudrón ni Kennedy comprarán este cuadro falso en cincuenta mil francos, así se ahogue Courmansel en ese canal ó se cuelgue de uno de esos sauces... Comprenderá usted, señora, que este tumulto de mis pensamientos no me permitiese visitar con provecho la antigua iglesia cisteriana tan digna de su bonito nombre, Chiaravalle, claro valle. Hay un viejo guardián, el mismo que en mi juventud, y cuenta á los turistas con las mismas palabras y la misma mimica — ¿desde cuántos años? — sus apuros de patriota el día 4 de junio de 1859 y cómo, subido en lo alto de su campanario, escuchaba el cañón de Magenta. También se explicará usted que de vuelta á Milán no tuve ya más que una idea : no tropezar con Jorge Courmansel ni el señor Boudrón y sobre todo con Cristina. Fui á cenar solito en una pequeña *trattoria* en la orilla del Naviglio. Tres de estos canales atraviesan la ciudad uniendo al riachuelo Olona con el Tessino, el Po y el Adda. Á uno de ellos daba la terraza de mi *trattoria* cuyo título ingenuo era *La Rosa Blanca*. Cuando pasé la primera vez fui allí, y la volví á encontrar sin que hubiera variado, lo mismo que el conde Varenzana, la iglesia de Chiaravalle y su campanario. Italia está bien echada á perder por el modernismo, sin embargo sigue siendo la patria del pasado. Los habitantes conservan el instinto de durar y de hacer durar que la abominable manía de estar al tanto, de la cual muere Europa, no destruirá en mucho tiempo. En una jaula de mimbres, colgada de una parra, un mirlo saltaba cantando como antaño. De igual modo, como antaño, un frasco de Chianti descansaba en cada mesa con su gruesa panza vestida de paja y su fino y largo cuello. Como antaño el agua

casi muerta del Naviglio contorneaba las fachadas de palacios, de fábricas y de casuchas. Cuando tuve delante de mí un plato grande lleno de *minestrone*, menestra compuesta de coles, arroz y guisantes que los milaneses comen fría — ¡y la digieren! — hubiera podido creer que había vuelto al tiempo de las Ginebras, de los falsos cuadros antiguos, fabricados por cuatrocientos francos, y de los divinos frenesíes. Creo que durante un minuto senté con el pensamiento al lado mío á una dama, buena amiga de usted, que vive cerca de la plaza de los Inválidos. La veía distraída por esta francachela mojado con miedo la cuchara en la espesa sopa lombarda y el borde de los labios en el áspero perfume del vino toscano, mostrándome sus lindos dientes en una sonrisa. ¡Ah! locas quimeras que me hubieran desgarrado el alma como otras veces, de no haber sido exorcizadas por el demonio ó el ángel del escrúpulo que en seguida empezó á atormentarme de nuevo.

— Las ocho de la noche... Eran las tres cuando habíamos dejado el palacio Ariosti, Courmansel y yo. Los señores Boudrón y Kennedy han tenido diez veces el tiempo necesario de cerrar el trato con la marquesa. El cuadro quizás este entregado y firmado el cheque en este momento... ¡Pues bien! El cuadro se devolverá. No se pagará el cheque. Sí. Pero puede originarse de ahí un proceso, un horrible escándalo; ¿y qué cara pondré yo al declarar ante un tribunal que he conocido el cuadro y que no hablé?... Por consiguiente es vergonzoso no haber hablado... Luego ya no hay duda, hablaré, hablaré... Además estoy soñando. La marquesa es demasiado astuta para no poner á Boudrón contra Kennedy y á éste contra aquél. Si uno de ellos hace una oferta hoy, habrá atrasado su contestación hasta mañana, para hacer presión sobre el otro... Hablaré. ¿Cuándo?... Esta noche misma... ¡Ah! ¡ya está!... Ilustrando la frase del profesor Grasset, devoré el *minestrone* con mi polígono, mientras que mi O gritaba *jeureka!* como Arquímedes. Acababa de entrever el medio : Si el trato estaba aún en suspenso me opondría á que se concluyera, sin provocar un golpe directo en los esponsales de la simpática Cristina con este tonto romántico de Jorge Courmansel. Era

menester advertir á la marquesa de tal modo que no pudiera dejar de atender el aviso. Una intervención alcanzaría ciertamente buen resultado : la del conde Varegnana. Era su primo. Desde el instante en que fuese á afirmarle la falsedad del cuadro con una prueba incontestable, no tendría más remedio que inclinarse. La sola cuestión era la de obtener de ella el silencio respecto del desgraciado Courmansel y del futuro suegro de éste. Varegnana se interesaba demasiado por Cristina para no obtener de su pariente que se hiciera nuestra cómplice en la protección de la dicha de los jóvenes. Bastaría que la señora Ariosti pretextase un cambio de idea diciendo á los señores Boudrón y Ralph Kennedy que ya no quería vender el cuadro. ¡ Tenía yo tal deseo de cumplir con mi deber de veracidad sin que costara lágrimas á la novia del crítico, tan sincera pero tan grotescamente engañado ! La esperanza llegó á ser certidumbre en mi espíritu. Me apresuré á concluir mi solitaria cena y minutos más tarde llamaba á la puerta, ya cerrada, del palacio Varegnana. Si el conde hubiera estado ausente, hubiese yo visto en ello el más funesto de los presagios. Se acogen en el espíritu estas supersticiones cuando se desea con anhelo el éxito de una empresa, y la tarde de vacilaciones me había dado la fiebre del hombre que quiere á toda costa lograr lo que desea.

IX

EL amable gran señor — *il schiccoso Mecenate dell' Aristocrazia Milanese*, como le llamaban los diarios locales, — había interrumpido la cena para salir á mi encuentro. La deshora de mi visita le hacía temer que un incidente desagradable fuera causa de ello. Los italianos de buena raza como él, tienen á gala que el extranjero, de paso por su país, no tropiece con ninguna dificultad. Lo consideran como un huésped personal; tanto cariño profesan á su patria. Tienen para ella el amor propio que nosotros para nuestro hogar. El conde pareció aliviado de un gran peso cuando contesté á su cariñosa pregunta :

— No, querido conde, no tengo que quejarme de nada ni de nadie. Se trata de oponerse á que una persona de la familia de usted cometa, sin darse cuenta, por cierto, una de esas acciones que se sienten durante toda la vida. Me refiero á la marquesa de Ariosti...

Y resueltamente, sin otro preámbulo, empecé á contarle todo : mi encuentro dos días antes con Jorge Courmansel, la velada con los Boudrón, cómo me pareció que las relaciones entre el futuro suegro y yerno eran muy tirantes, la visita á casa de la señora Ariosti, la presencia allí del segundo comprador invitado, con seguridad, á causa de nuestra visita, mi curiosidad por ver el famoso retrato que consagraba definitivamente la existencia del *Amico di Solario* y el golpe de sorpresa que me había hecho quedar inmóvil delante de él. Añadí dónde y cuándo había fabricado yo este falso cuadro, fantásticamente colocado en el rango de obra maestra por la torpeza de mi infeliz compatriota. Á medida que hablaba veía esta noble fisonomía, de ordinario tan amena,